

---

## AGRICULTURA ROMANA EN SIERRA MORENA

---

ESTEBAN MÁRQUEZ TRIGUERO  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

La amplia y fértil región de Sierra Morena, que formaba la parte centro-norte de la Turdetania, se hallaba ocupada a la llegada de los romanos por gran número de pueblos y asentamientos de carácter agrícola y ganadero, aparte de otros dedicados a la intensa actividad minera, de los que hablan en sus numerosas citas los escritores de la época. Pueblos arraigados a la tierra tanto en sus montes como en los valles situados entre el río Betis y el Anas, en cuyo territorio existían zonas de monte y pastos, así como pequeños sembrados junto a sus establecimientos.

Sus gentes ejercieron una doble actividad, tanto la ganadera mediante la crianza del ganado de cerda y el ovino, que eran la base de su riqueza, además del boval y el caprino, como en el ejercicio de la *agricultura de azada*, que tendría sus raíces, lo mismo que la minería, en las poblaciones de la Edad del Bronce.

Con la llegada de los romanos se intensificó aún más el uso de los arados fuertes, de reja de hierro, y de otros aperos de labranza de diversa tipología, adecuados para una mejor explotación de las tierras bajas de las cuencas fluviales, de mayor profundidad, y las más bondadosas de las proximidades de sus asentamientos.

A estos útiles de hierro, que son de gran interés desde el punto de vista técnico para el estudio de la agricultura en la Península, no se les ha prestado la atención debida a causa de su mala conservación. De ahí que los museos arqueológicos de España se hallen por lo general exentos de estas piezas tan singulares. Por otro lado, tampoco se han llevado a cabo excavaciones en asentamientos de carácter agrícola-ganadero, abundantísimos por toda Sierra Morena, desde la misma Edad del Bronce hasta los tiempos medievales. No se ha prestado la atención debida a esta importante actividad humana. Solamente se han considerado de interés los hallazgos de las armas de hierro, testigos inconfundibles de la actividad beligerante de la humanidad, dejando a un lado los utensilios que dieron paso al desarrollo pacífico de la técnica agraria hasta cerca de nuestros días.

A pesar de las alabanzas que sobre las riquezas de nuestro suelo se encuentran en muchos escritores de la época, en especial en Polibio, Posidonio, Estrabón,

Mela, Plinio, Justino y en el Panegírico de Teodosio, que recoge SCHULTEN en *Hispania* (col. 779-781), no se ha llevado a cabo todavía un estudio exhaustivo sobre la agricultura en la época de la romanización, que revolucionó el trabajo en los campos de Hispania, muy en especial en Sierra Morena y como no en las fertilísimas tierras de las llanuras del Betis. Hablamos con frecuencia de las colonizaciones modernas y no conocemos todavía el origen de las mismas en el comienzo de nuestra era, y aún antes, cuya luz podría darnos el estudio de los innumerables aposentos agro-ganaderos que se extienden por nuestras dehesas pobladas de encinar y por las fértiles llanuras de la extensa red fluvial que surca los frondosos valles, hasta hace poco tiempo maltratados por la pertinaz sequía.

Puede afirmarse que el agricultor de hoy, y a pesar de la revolución de la maquinaria moderna, continúa utilizando todavía los mismos instrumentos de hierro –al menos en su tipología– que emplearon los romanos en nuestros campos. La uniformidad de los mismos perduró durante todo el período de romanización hasta la alta Edad Media, y la técnica de su trabajo –lo mismo que sus cultivos– han llegado hasta nuestros días. Los romanos de Sierra Morena bebían el mismo vino, comían el mismo pan –el pan bueno sin refinar– y se vestían con la misma lana –la auténtica y dorada de Los Pedroches y Valle de Alcudia, tan alabada por Marcial– que consumimos y utilizamos hoy día. Hasta el mismo fruto de algunas encinas, después de dos mil años de historia, continúa siendo el sustento de la excelente ganadería que hoy supervive en las mismas dehesas junto a los restos de los antiguos asentamientos.

Son muy importantes las citas antiguas sobre las encinas, algunas de fruto comestible, que eran la base fundamental para la cría y engorde del ganado de cerda. Y es frecuente observar todavía en el paisaje de Sierra Morena las manchas de bosque poblado de encinas milenarias, que delatan la presencia en sus proximidades de las ruinas de poblados agro-ganaderos más o menos importantes. Valga un ejemplo de tantos citar aquí a la localidad de “Majadaiglesias”, en término de El Guijo, en los terrenos de un diluvial pleistoceno cultivados por los moradores de un importante aposento romano en el que algunos estudiosos pretenden ubicar, sin fundamento epigráfico todavía, a la capital de la región *solense*. Otras manchas destacadas de encinas milenarias pueden contemplarse en la Dehesa de La Jara, Dehesa de Pedroche, Dehesa Boyal de Hinojosa del Duque, en los términos de Torrecampo, Villanueva de Córdoba, Pozoblanco, Añora, Alcaracejos, Dos Torres, El Viso, Villaralto, Belalcázar y Fuente Obejuna, y en otras muchas localidades de Sierra Morena, siempre relacionadas con la existencia de aposentos de época romana.

– Y hablando de encinas milenarias, quisiera hacer a modo de paréntesis una llamada de atención a las administraciones locales y a todos los amantes de la conservación de nuestro entorno natural, se consideren o no ecologistas, para que estas privilegiadas áreas del Valle de Los Pedroches sean urgentemente declaradas del máximo interés por los organismos europeos competentes. Las encinas milenarias son un vivo testimonio histórico de la actividad humana, que la Naturaleza ha conservado y que el hombre ha mimado y respetado hasta nuestros días, como si se tratase de importantes monumentos del pasado. Realmente lo son y de hecho pertenecen al Patrimonio de la Humanidad. De ahí que la actual civiliza-

ción, si es que presume de serlo, esté obligada a prestarles la máxima consideración, como a un ente ecológico de primer orden. Por estos motivos, nos hemos propuesto crear la Asociación de Defensa a la Encina Milenaria (A.D.E.M.) cuyos estatutos y demás peculiaridades se pondrán en marcha con la mayor rapidez posible. Estamos convencidos de que las referidas áreas del Valle de Los Pedroches reúnen todos los requisitos necesarios para ser declaradas como tal Patrimonio de la Humanidad, pues efectivamente constituyen un importante ecosistema como encinar adhesionado, y por tratarse, tal vez, del único espacio de este tipo que existe en el Planeta, en el que junto a las encinas milenarias crece la vegetación y viven de él –desde tiempo inmemorial– tanto los habitantes de la comarca como su excelente ganadería.

Continuando con nuestra breve exposición sobre la agricultura romana de Sierra Morena, por lo que se refiere al vino –generoso y estimulante néctar, tan antiguo como la Humanidad misma– se sabe que fue cosechado en ciertas áreas del Valle de Los Pedroches, en la cuenca del Guadiato y en otros diversos parajes de Sierra Morena, no siendo extraño hallar entre las ruinas de los poblados romanos las grandes tinajas de barro que lo guardaban, lo mismo que en nuestra época, a veces en bodegas excavadas en el subsuelo. Otro tanto sucedía con la producción de cereales, almacenados en las rechonchas y típicas *dolia* de barro o en silos abiertos en el terreno. Es de todos bien conocida la existencia de las típicas piedras de molino manuales que proliferan por todas partes y que producían de una manera muy rústica la harina con que poder hacer el pan de cada día. Y en cuanto a la fabricación de tejidos con la lana bética, es frecuente, también, la presencia de fusayolas o pesas de telar en el interior de las viviendas, cuya actividad debería constituir, sin duda alguna, una artesanía familiar.

Puede ser que a finales del siglo XX hayamos dado un salto de gigante en la evolución de la agricultura; pero ayer mismo estábamos dando la mano al arado romano, roturando con el mismo sudor de nuestra frente los mismos campos de Sierra Morena y explotando los pastos en la misma forma de *compascua*, o sea, en dehesas mancomunadas. De ahí el tan repetido dicho histórico en los archivos de los pueblos de la región “desde tiempo inmemorial”. El mismo arado de la tierra, así como el barbecho y el estercolado, eran las operaciones fundamentales de la agricultura, lo mismo que hoy día. La siembra de los cereales, la siega mediante hoces y la trilla con el *tribulum* –trillo de pedernales, de origen oriental, o el más avanzado, en forma de cilindro dentado, denominado el *plaustellum punicum* son instrumentos que hemos conocido y que están de servicio todavía, principalmente este último, y el primero, más arcaico, en la Meseta.

Según COLUMELA, los trabajos a realizar hasta la cosecha, para un campo de cuatro o cinco modios de trigo de sembradura, habría necesitado cuatro días de arar, escardar dos veces y quitar hierbas durante seis días y medio para las operaciones de cubrir la semilla, que se preparaba humedeciéndola, tal como ha sucedido en Sierra Morena hasta hace poco tiempo.

Los pueblos de esta parte de la Turdetania no eran exclusivamente ganaderos. Poseían una agricultura cerealista, en especial el cultivo del trigo –que ya se conocía antes de la llegada de los romanos– no para exportarlo, como en otras comarcas del Valle del Betis, sino para el consumo de sus pobladores. También se

cultivaban el centeno y la cebada, para el engorde de su excelente ganadería. De esta última se obtenía además, lo mismo que hoy día, la exquisita *cerea* o cerveza. El lino se producía en algunos puntos del Valle de Los Pedroches, como en el término de Torrecampo, en los que hoy queda en estado silvestre, y era llevado a los centros comerciales de Levante para su manufacturación.

Además del campo, el *ager*, que producía los cereales, los pastos y los frutos de las encinas, manteniendo la excelente ganadería de esta parte de la Bética, existía el *hortus* en la tierra de mayor calidad, siendo muy importante por entonces el cultivo de ciertas legumbres y hortalizas. Pueblos asentados generalmente en la zona de contacto de la mancha granítica —el tan renombrado hoy día *batolito de Los Pedroches*— con la pizarra, cuya alteración da lugar a tierras de inmejorable calidad, donde por otra parte era muy importante la existencia de buenos acuíferos.

— Con qué ligereza, exenta de todo conocimiento científico, se habla hoy día del *batolito de Los Pedroches* con el supuesto fin de instalar en él un depósito de residuos de alta radiactividad. Y porque estamos hablando de milenios, hablamos al mismo tiempo de una energía cósmica más antigua en el tiempo y en el espacio que la misma Humanidad. Y digo *depósito*, jamás *cementerio*. En el referido Batolito no se instalaría materia inerte, pacífica y sin vida, sino, por el contrario, materia viva y posiblemente destructora. Ya he expuesto en varias ocasiones que no se trata de una gran masa de roca uniforme, sino que se encuentra muy fracturada y atravesada por una red de diques, filones y diaclasas, a modo de un gigantesco mosaico, hasta el hecho de no poderse extraer, como enseña la experiencia, un solo bloque de cuatro metros de lado. Por otra parte, en la citada red de fracturas existe un acuífero, más o menos importante, detectado ya en multitud de sondeos, que se intercomunica a través de las numerosas grietas y que aumenta con la profundidad. No; no es idóneo el *Batolito de Los Pedroches* para almacenar materia altamente radiactiva y posiblemente destructora. En caso de accidente fortuito sería la ruina biológica de la comarca, no sólo por lo que pudiera afectar a sus habitantes, que tendrían que iniciar un nuevo y aventurado éxodo. Y no exagero. Si buscamos nuestras desventuras, estaremos cavando sin darnos cuenta nuestra fosa común. Por otro lado, las históricas encinas dejarían para siempre de llamarse milenarias.

No quisiéramos olvidar la explotación de las abejas en Sierra Morena, productoras de cera y miel, de la que existen testimonios entre los lusitanos y turdetanos. Sin duda alguna, *Mellaria* sería un importante centro productor y comercial al mismo tiempo en la estratégica calzada de Córdoba a *Emerita Augusta*.

Por lo que se refiere a la ganadería, aparte las noticias que se tienen sobre la cría del ganado de cerda y de sus exquisitos jamones, de los que se habla en la tasa de Diocleciano y en la *Expositio totius Imperii*, se alaba igualmente a la lana dorada de la Bética, principalmente la de Córdoba, que no era otra sino la de la región *soliense*, el actual Valle de Los Pedroches. Sus afamados mulos —que ya eran exportados a Roma— y los sufridos jumentos, el *instrumentum semivocale*, eran utilizados en las diversas faenas agrícolas, lo mismo que hoy día.

Y en cuanto a los aperos de labranza, el *instrumentum mutum*, por fin podemos disponer de una variada serie de herramientas agrícolas, procedentes de Sierra Morena, que se exponen —en número de 92— en la Casa-Museo —Posada del

Moro—de Torrecampo (Córdoba), cuyo titular es el “Grupo de Empresas PRASA”. Sin duda alguna, se trata de la mejor colección de útiles de hierro, de época romana, existente en España. Y lo decimos con conocimiento de causa, ya que hemos visitado últimamente los más importantes museos del país y de Italia, en los que apenas se hallan presentes tales testimonios arqueológicos.

En el conjunto de útiles de hierro, destacan, como más usuales, la *azada* —de la que se conocen hasta cinco tipos— la *reja de arado* —con seis variantes—, la *dolabra* y *media dolabra*, o hacha-azadilla, el *hacha*, la *hachilla*, el *rastrillo*, con dientes o sin ellos, el *hacha-martillo*, el *hacha-azadón*, o alcotana, el *pico-azadón*, el *martillo-piqueta*, el *martillo-azuela*, las *hojas de azada*, la *hocineta*, o gancha, y el *hocino*, o podón, así como diversos tipos de *cuchillas* y la *hoz*. (Láms. I, II, III, IV, V y VI). Instrumentos, todos ellos, que han sido utilizados en las numerosas operaciones agrícolas de aquellas épocas, desde la apertura de un simple hoyo para plantar un árbol, pasando por la labor de los surcos en la besana; la siega, empapada con el sudor del esfuerzo de un largo verano; la poda de olivos y vides en las escarpadas laderas de nuestros montes y otros muchos trabajos agrícolas que el habitante de Sierra Morena se vió obligado a ejercer para poder sobrevivir durante siglos. Testimonios de la presencia en la comarca de su renombrada ganadería son, igualmente, las tijeras de esquilar y las cuatro esquilas, o cencerras, pertenecientes a sus afamadas ovejas, expuestas en el citado Museo; pudiéndose pensar en la existencia de la transhumancia, ya en la época romana, por su correlación con el ejemplar existente en el Museo Arqueológico Nacional, procedente de Soria.

Con esta síntesis hemos deseado exponer aquí una faceta más de la historia antigua de Sierra Morena, interesante por tratarse de una primordial actividad humana, que llegaría en sus orígenes por los caminos andaluces del Mediterráneo hasta desarrollarse posteriormente y de una manera muy intensa en tiempos de la romanización, perdurando, lo mismo que sus monumentos y costumbres, hasta nuestra misma época.

Córdoba, 15 de Febrero de 1996

## LÁMINAS:

### Lámina I.

- Nº 1. Azada corta. 22,5 cm x 14
2. Azadón. 28 x 22
3. Pico-azadón. 34 x 8
4. Azada tipo triangular. 30 x 18
5. Azada tipo corazón. 17,5 x 17
6. Azada. 33 x 17,5

### Lámina II.

7. Reja de arado. 22 x 11,5
8. Reja de arado. 24,5 x 8,5
9. Reja de arado. 32,5 x 9,3

10. Reja de arado. 28, x 8,5
11. Reja de arado. 28 x 8,5

*Lámina III.*

12. Hacha larga. 20,5 x 4,5
13. Martillo-azuela. 24 x 4
14. Rastrillo-raedera. 20,5 x 5
15. Martillo-piqueta. 16 x 4,5
16. Hacha. azadilla (dolabra). 25 x 12,5
17. Hoz. 2, x 2,3

*Lámina IV.*

18. Hoja de azada. 19 x 4,5
19. Hacha-azada. 18,5 x 4
20. Cuchilla enmangada. 1, x 5,5 x 29
21. Pico-azadón. 32 x 8
22. Cuchilla rectangular. 19 x 6 x 29

*Lámina V.*

23. Hocino, o podón. 38 x 6
24. Hocineta, o gancho. 28 x 3

*Lámina VI.*

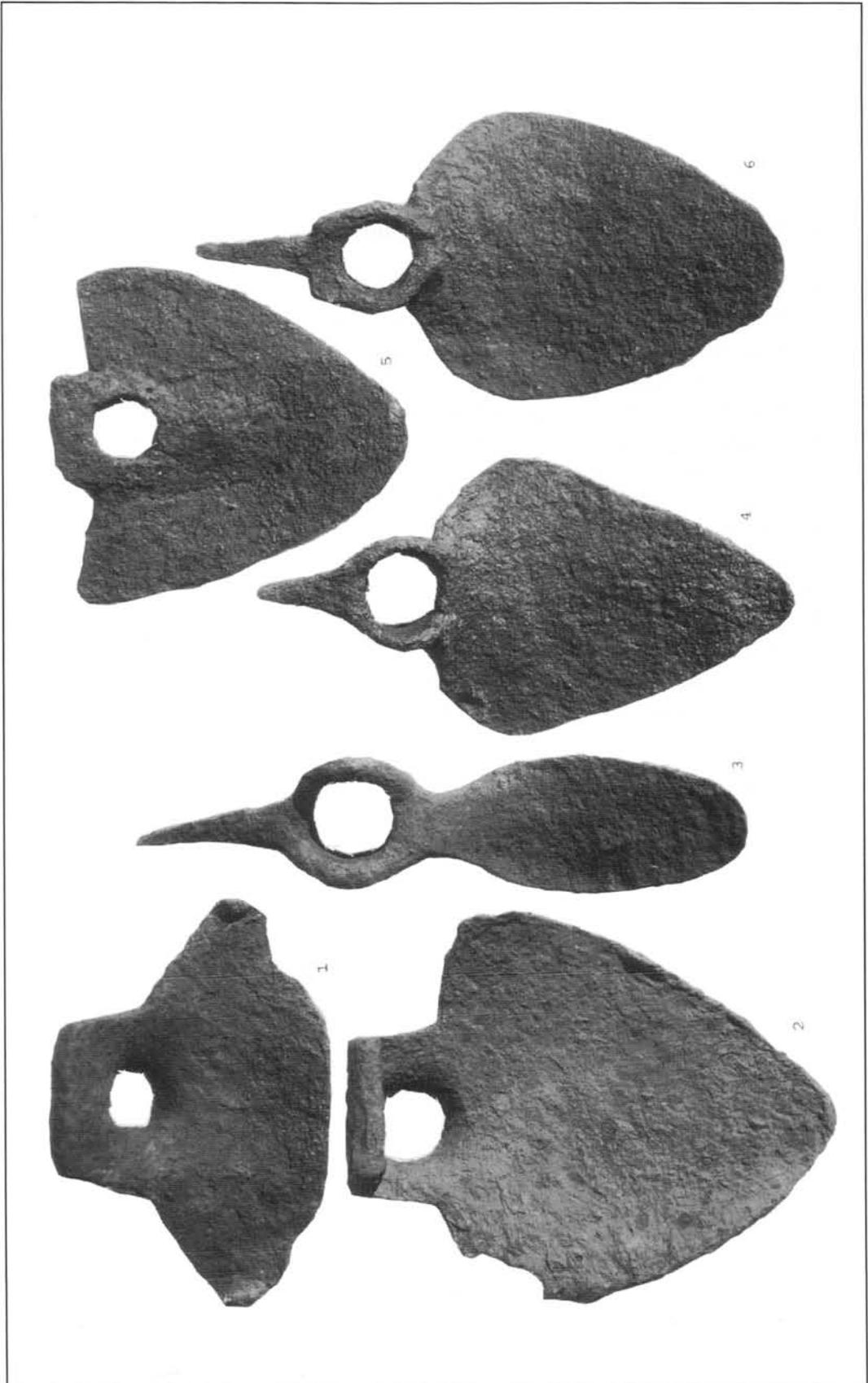
25. Esquila o cencerra. 12 x 7,5 x 5
26. Esquila. 21 x 13 x 9
27. Esquila. 18 x 14 x 7
28. Esquila. 12 x 7,5 x 4
29. Tijeras de esquilar. 29

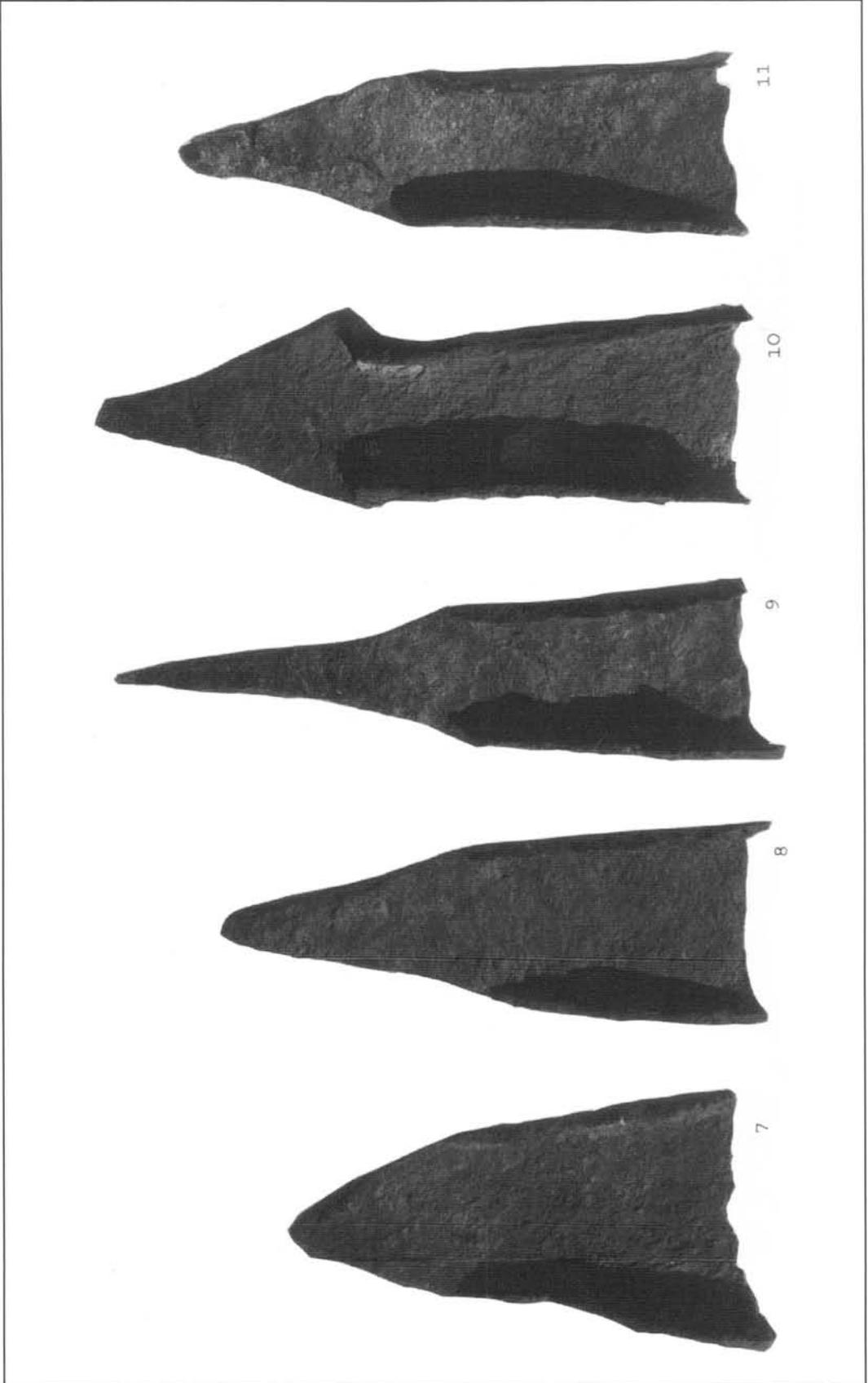
## BIBLIOGRAFÍA

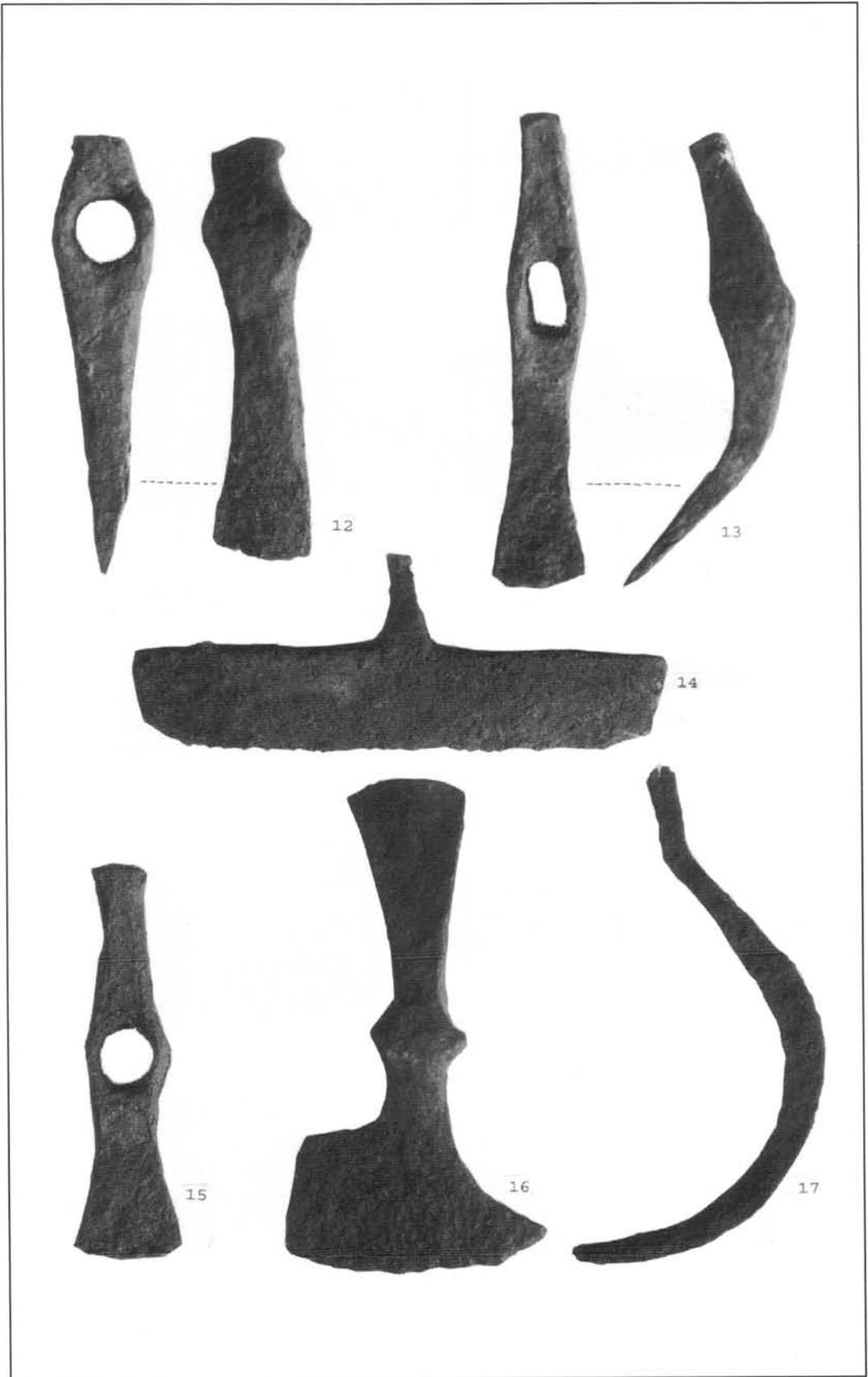
- A. SCHULTEN: *Hispania*, col. 2040-2041, recoge las alabanzas de Polibio, Posidonio, Estrabón, Mela, Plinio, Silio, Marcial, Justino, el *Panegírico* de Teodosio, Solinus, la *Expositio totius Imperii*, Claudiano Marciano e Isidoro de Sevilla.
- A. SCHULTEN: *Hispania*, col. 995-2004.
- CATON, 2 Y 142. COLUMELA, I, 6 y XI.
- GESNER, J.M.: *Scriptores rei rusticae veteres*. Vol. I. (Catón y Varrón); vol. II (Columella); vol. III (Palladio y Vegecio), fagm. de Marcial y *de instrumentibus fundi* (de Ausonio Pigmeo) y vol. IV (Lexicón agrario).
- ISIDORI HISPALENSIS EPISCOPI. *Etimologiarum libri XX*.
- MARCHETTI. *Hispania*, Pág. 779-781.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Historia de España*, t. II, 317-332. Madrid, 1962.
- TORRES, M.: *La Península Hispánica, provincia romana*. Cap. II.

En la presente conferencia se expusieron las siguientes diapositivas:

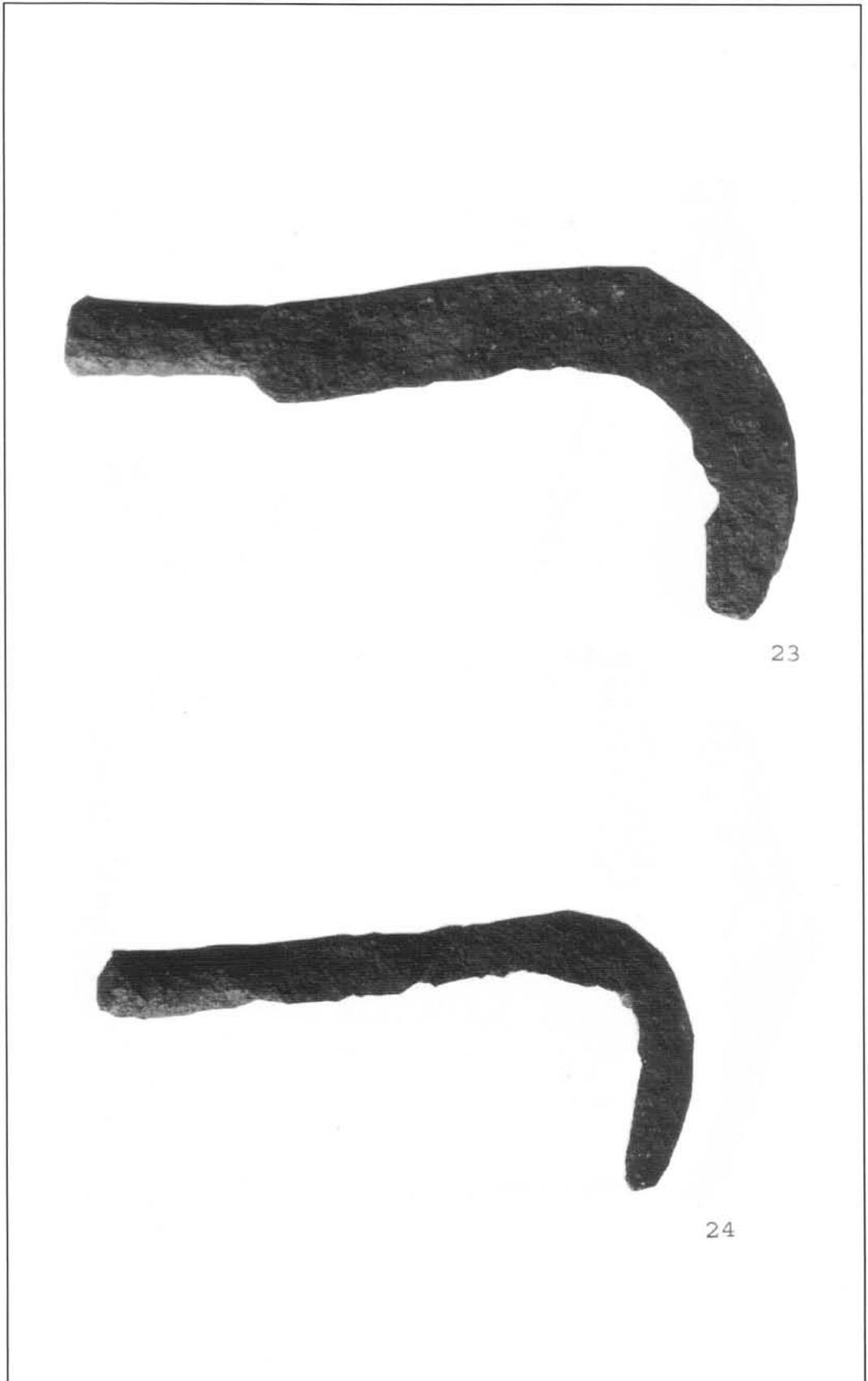
- 1-13 Encinas milenarias.
- 14 Tres tipos de azadas romanas.
- 15 Azadas con relieve.
- 16 Cuatro tipos de rejas de arado romano.
- 17 Rejas de arado romano con relieve.
- 18 Diversos tipos de reja de arado romano.
- 19 Gran reja de arado romano.
- 20 La misma reja con relieve.
- 21 Conjunto de herramientas relacionadas con la agricultura romana.
- 22 Conjunto de herramientas con relieve.
- 23 Hacha de cuchilla enmangada.
- 24 Hacha anterior enmangada, rastrillo y cuchilla.
- 25 Dolabras, azadón recto y azadón ovalado.
- 26 Dolabras con relieve.
- 27 Hoz, rastrillo, cuchilla y escardillo.
- 28 Hoz en detalle.
- 29 Conjunto de azadones con relieve.
- 30 Hacha y azadones.
- 31 Hocino, o podón, y gancha o hocineta.
- 32 Tijeras de esquilar.
- 33 Esquila similar a la del Museo Arqueológico Nacional, procedente de Soria.
- 34 Cuatro esquilas, o cencerras, de época romana.











23

24

